

## Por última vez

Ángela Pradelli

**E**ran más de las ocho y media. Raúl acababa de morir. Decidí que no llamaría enseguida para avisar y que esperarí un momento antes de comunicar a parientes y amigos que por fin Raúl había muerto.

Prendí un cigarrillo y entré otra vez al cuarto. Me senté en un silloncito cerca de la cama. Di una pitada larga y retuve el humo por unos segundos mientras lo miraba. Parecía dormido Raúl, no muerto. Me saqué los zapatos y apoyé los pies en la cama sin tocarlo.

Era una de esas noches de enero calurosas y húmedas y habían anunciado lluvias para la madrugada. Raúl estaba tapado solo con una sábana liviana. Se podía distinguir la forma de sus piernas delgadas por debajo de las sábanas.

El turbo largaba un aire levemente fresco.

Terminé el cigarrillo. Me pareció que empezaban los primeros relámpagos.

Raúl siempre había sido un hombre fuerte y sano así que cuando tuvo esa primera descompostura hace más de un año, no le dimos demasiada importancia. Fue por unos estudios de rutina que le hicieron en el trabajo que descubrieron ese tumor en el hígado. Un chequeo que todos los años pedía la compañía aseguradora de los empleados. Para qué entrar en detalles: internaciones, quimioterapia, medicación. Los últimos cuatro meses en casa, casi sin levantarse de la cama. Durante todo ese tiempo no me moví de su lado salvo para hacer lo impostergable.

Sentí el aire del turbo en los pies aún apoyados en la cama. Después me metí en el baño y me di una ducha tibia.

Cerré los ojos y el agua me golpeó suavemente los párpados. Apreté los labios porque no soporto el agua caliente en la boca. Después, mientras me secaba, canté una canción. Lo hice casi en voz baja pero sin perder el ritmo de la melodía. Fue como un murmullo que tomó cuerpo en el baño mientras se tragaba el vapor de la ducha.

Siempre me gustó cantar. De chica cantaba en el coro del colegio y jamás olvidé las letras de esas canciones. A Raúl le gustaban especialmente las canciones italianas y los villancicos de Navidad.



Una vez, hace casi veinte años, Raúl me convenció para que me presentara en un concurso que había organizado un canal de televisión. Era un programa de música popular y premiaban a los dos primeros con la grabación de un disco en una compañía importante. Yo no tenía muchas esperanzas pero igual pasé tres semanas ensayando.

Raúl me acompañó el día del concurso y me esperó cuatro horas en los pasillos del canal hasta que dieron el resultado. Se enojó con los organizadores cuando no vio mi nombre en la lista de ganadores y terminó insultándolos. “Está todo arreglado este concurso”, me dijo cuando salimos. “Estos tipos premian a los amigos. Puro acomodo todo esto.”

Y volvimos a casa. Caminamos del brazo por la Nueve de Julio hasta Constitución casi sin percibir esa llovizna finita que había empezado a caer en el final de la tarde. Cuando terminé de bañarme volví a entrar en el cuarto. Tenía el pelo empapado y el cuerpo envuelto en una toalla. “A Raúl

“

*El cuarto estaba  
en penumbras,  
apenas  
iluminado  
por la luz que  
llegaba de la  
cocina.* ”

le gustaría que ahora le cantara una canción”, pensé. Me acomodé el pelo mojado peinándolo con las manos y me aflojé la toalla.

Tantas veces había dormido desnuda al lado de Raúl. “No te pongas nada”, me decía él cuando yo salía de la ducha o cuando me desvestía por la noche y acomodaba mi ropa en el silloncito. Y amañábamos abrazados por la mañana.

Hace unos años empezamos a envejecer. Yo siempre había creído todo lo que dice la gente con respecto a la edad. Que los años están en el alma. Que se es viejo de espíritu. Todo eso. Pero un día descubrí que no. Que el cuerpo se pone viejo. Que los pechos pierden urgencia, que la carne de los brazos se afloja, que la piel se seca. Que se envejece. De a poco, pero se envejece. Nosotros empezamos a envejecer. Traté entonces de evitar mostrarle mi cuerpo desnudo a Raúl, ese nuevo cuerpo viejo. “Qué pasa”, me pregunta-

VIENE DE LA PAG 1

ba él acariciándome por debajo del camisón y entredándose en esa tela que le entorpecía las manos. Y me decía que mi cuerpo le gustaba ahora mucho más y otras mentiras así que yo fui creyendo tal vez solo para no obligarlo a repetirlas.

El cuarto estaba en penumbras, apenas iluminado por la luz que llegaba de la cocina.

Dejé caer la toalla y canté desnuda.

Espera que llegue el verano, nena es la estación de los besos y el sol. Oh, nena, ya llega y el cielo se agrandará por las noches sobre nuestros cuerpos. Oh, nena.

Cuando terminé de cantar encendí una luz. "Se acabó", pensé mientras encendía los veladores, "finalmente se acabó", pensé.

Pero la canción seguía sonando en el cuarto. Era un eco que volvía y volvía sin remedio:

Oh, nena.

Entonces apagué otra vez los veladores y me acosté al lado de Raúl.

Casi a oscuras.

"Por última vez", pensé.

La luz de un relámpago iluminó las sábanas por un instante.

Había empezado a llover.

Oí los primeros goterones que caían pesados sobre las tejas.

Por la ventana abierta del cuarto había entrado el olor de la lluvia.

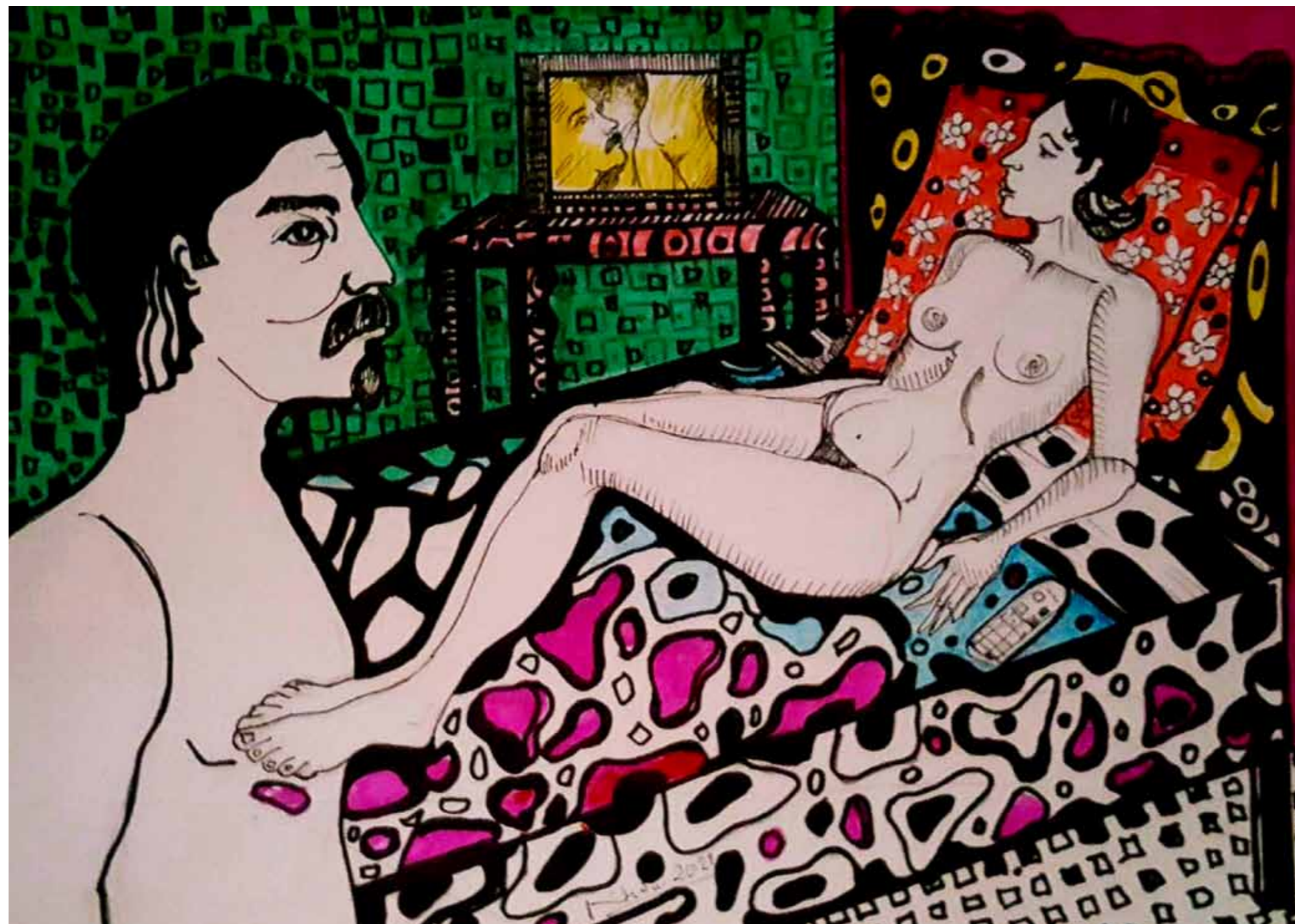
Fin

# Bette Davis en el cuarto de baño

Cristina Civale

Rudy corrió hasta el baño apenas terminamos. Me empezó a molestar esa costumbre suya, deliberadamente bestial, de enjuagarse mientras la última gota de semen le chorreaba entre los testículos. Me dejó tirada en la cama sin siquiera tiempo para advertir la calidad de su orgasmo. En el mejor de los casos, él debió haber supuesto que yo ya había tenido lo mío, esa chance de grititos entrecortados y efímera felicidad. Sorrete, murmuré esa vez, las cosas no van a quedar así. Fue un pensamiento imbécil. Me sentía incapaz de hacer nada. Por supuesto, yo había acabado. Pero esa no era la cuestión -me pasaba con frecuencia ante ciertos estímulos-: que si fuera eyectado de la cama de ese modo era algo imperdonable, poco sutil y falto de *glamour*. No esperaba una escena romántica. Solo un gesto convencional e hipócrita, la cortesía moderna del postcoito. Su fobia era como la de un manual escolar muy básico, pero sobre todo me daba fastidio su falta de sinceridad. Honesto hubiese sido vestirse y atravesar la puerta con un esbozo de salud. Lo de él fue una demostración de un mal gusto intolerable. Y de improvisación, cero de estrategia. La impunidad de las bestias. Este tipo, pensé, me da vergüenza.

A esta altura de la vida estaba lejos de la queja, la melancolía o la autocompasión. Había visto cosas peores. Rudy no era un mal tipo. Era apenas un hombre obvio. No me alteré: sabía que en unos minutos ya estaría fuera de mi departamento y, claro, de mi vida. Me equivocaba. Un sonido de agua me anunció que su lamentable estadía iba a durar por lo menos, unos cuantos minutos más. Se estaba duchando. Mejor que se fuera limpio. Decidí distraerme. Agarré todos los controles remotos que suelo tener al lado de la cama -en el piso, acomodados sobre mi alfombra gris, pulcra como pocas- y los usé para lo que servían. Música: un cidí de Orb hizo que gruñera un cerdo. Perfecto. Tevé: un canal de cable transmitía una película con Bette Davis, me pareció que era *La carta*. Le saqué el sonido y la dejé adornando con sus destellos las paredes oscuras de la habitación. Me puse boca abajo, solo concentrada en los graznidos de la música ambiente. Podía olerlo o, mejor, podía reconocer el inconfundible olor a mango de mi jabón favorito. Con mi



toalla negra envolviéndole el cuerpo, Rudy volvía a mi dormitorio. Cómo me gustan estas toallas gruesitas, me alabó, con una alegría infantil que me pareció patética. Azorada lo vi volver a meterse en el baño. El ruido del secador de pelo flagelaba la música y me hacía sentir incómoda. Qué mierda se está secando si es casi pelado. Quería que se fuese de una vez. Sucio, con olor a mí o a lo que le sudase de la piel: lo quería afuera, en particular de mi baño y en general de mi casa. Todo había sido puro y simple morbo. ¿Por qué continuarlo con una sesión prolongada en mi baño? Todo este rito me fastidiaba. Puerta, ya mismo, puerta, pensé, como en tantos otros momentos y, como siempre, no me animé a decirlo.

“  
Con mi  
toalla negra  
envolviéndole  
el cuerpo, Rudy  
volvía a mi  
dormitorio.”

¿Cuántas veces lo habíamos hecho? Siete, diez, doce. Seguro que más de una. No tendría que haber existido ni una segunda, pero allí estaba, instalado como si hubiéramos tenido una relación en vez de un prolongado malentendido. Tendría que haber sentido lástima por mi impotencia, pero la soberbia no me daba tregua. Mientras le ponía volumen a la tevé, un pensamiento empezó a machacarme la cabeza. Rudy estaba pasando más tiempo en mi baño que en mi cama. Al rato apareció por el dormitorio y, como al descuido, me lo largó. Se quemó. Igual era de los baratos. En cualquier parte conseguís uno por diez dólares. No solo me había quemado el secador sino que tenía el descaro de

pasar por alto las disculpas y de refregarme que había comprado un electrodoméstico barato. Rudy tenía que volver a la candidez de su hogar con buen olor y bien peinado. Estaba casado. Así que lo del baño duró un rato más. Me importaba menos su mujer que el amor inexplicable que le tengo a cada uno de mis objetos. No pude tolerar la idea de que él hubiese destruido alguno de ellos de una manera definitiva, brutal y para siempre. Fui hasta el baño. Sacudí el secador, lo apagué y lo prendí con insistencia, pero nunca más volvió a funcionar. Estaba irreversiblemente roto. Lo miré con desprecio, a mi secador y de paso también a Rudy, que ahora había agarrado mi gel nuevo que deja el pelo siempre

húmedo y, sin exageración, estaba terminándose el pommo. Volví al dormitorio con ganas de llorar. Desde la tevé, Bette me miraba fijo con una de sus inolvidables caras malditas. Entonces se me ocurrió. Estaban junto a mis controles remotos. No fue difícil. Los agarré tratando de no hacer ruido; en uno de los bolsillos traseros Rudy guardaba dinero suelto. Esta vez no tenía mucho, doscientos pesos y monedas. No quería abusar: tomé cien. Podría reponer mi secador y quizás comprarme algo más, alguna bombacha cara o las flores que a Rudy nunca se le había ocurrido traerme. En ese momento, de algún modo, yo era como una prostituta. Nunca había esperado una recompensa en metálico, pero como no había ninguna otra clase de recompensa, el dinero me calmó. Quizás por haber correteado de chica entre monjas, me dio un poco de vergüenza. No sentí, sin embargo, la necesidad de pedir perdón. Rudy finalmente se fue. Mientras se vestía sentí el temor que debe atormentar a los criminales después de cometer un delito. Pero no pasó nada. Rudy atravesó la puerta y seguí disfrutando de la película. Más que antes. Cuando el cartel de *The End* se imprimía en la pantalla, sonó el teléfono. Desde su celular, Rudy me preguntaba sin ningún tipo de prólogo si no se le habían caído cien pesos en mi alfombra. Querido, le dije, si recolectas palmitos en Brasil durante mil horas, seguramente podrás recuperarlos. Le corté sin epílogo y eché su billete por el inodoro: solo quería fastidiarlo. Esa fue la primera vez. Ahora lo único que espero es que se metan en el baño. Nadie lo nota. Piensan que son unos billetes extraviados, plata perdida en un descuido involuntario. A Rudy no volví a verlo. No creo que haya sido por lo del dinero. Lo nuestro ya estaba terminado.

Fin

De *Chica fácil* (1995)

LA AUTORA

**Ángela Pradelli** (Buenos Aires, Argentina, 1959). Escritora, periodista y profesora. Ganadora del Premio Emecé por su novela *Amigas mías* (2002) y el Clarín de novela por su obra *El lugar del padre* (2004). Estudió el profesorado de Letras y ejerció la docencia en escuelas secundarias por más de 30 años. Especialista en gramática española. Sus más recientes libros, *En mi nombre* (2014), *El sol detrás del limonero* (2016) y *La respiración violeta del mundo* (2018) entrecruzan los mundos del dolor, la memoria y la infancia



LA AUTORA

**Cristina Civale** (Buenos Aires, Argentina, 1960). Escritora, periodista, cineasta y promotora cultural. Entre sus libros destacan títulos como *El hombre de mi vida serás tú* (2002), *Adiós América* (2005) y *Una historia familiar* (2016). Es también autora del libro *El arte en tetas. Mujeres artistas que cambiaron la historia del arte* (2019).



# Dos cuentos breves

Sandra Cisneros

## Payasos rojos

**M**entiste, Sally. No fue como tú dijiste. Lo que hizo. Donde me tocó. Yo no lo quise, Sally. Del modo en que lo dijeron, del modo que debe ser, todos los libros de cuentos y las películas ¿por qué me mintieron?

Yo estaba esperando cerca de los payasos rojos. Estaba parada junto a la vuelta al mundo donde tú dijiste. Y además a mi no me gustan los carnavales. Yo fui por acompañarte porque te ríes. Te guardo el cambio, agito la mano saludándote, cuento las veces que pasas. Esos muchachos que te miran porque eres bonita. Me gusta estar contigo, Sally. Eres mi amiga. Pero ese muchacho grandote, ¿dónde te llevó? Esperé eternidades. Esperé al lado de los payasos rojos, como tú dijiste, pero nunca apareciste, nunca viniste por mí.

Sally, Sally cien veces. ¿Por qué no me oíste cuando te llamé? ¿Por qué no les dijiste que me soltaran? El que

me agarró del brazo no me dejaba ir. Me dijo: *I love you, Spanish girl, I love you*, y apretó su boca agría contra la mía.

Haz que se detenga, Sally. No pude correrlos. No podía hacer otra cosa que llorar. No recuerdo. Estaba oscuro. No recuerdo. No recuerdo. Por favor no me hagas contarle todo.

¿Por qué me dejaste sola? Esperé toda la vida. Eres una mentirosa. Todos mintieron. Todos los libros y las revistas, todos lo dijeron chueco. Solo unas uñas sucias contra mi piel, solo su olor agrío otra vez. La luna me miraba. La vuelta al mundo. Los payasos rojos riendo su risa de lengua gruesa.

Entonces los colores comenzaron a girar. El horizonte se ladeó. Tennis negros huyeron. Sally, tú mentiste, tú mentiste. No me soltaba. Dijo: *I love you. I love you, Spanish girl.*

Fin



## A veces Mango dice adiós

**M**e gusta contar cuentos. Los cuento dentro de mi cabeza. Los cuento después que el cartero dice: aquí está su correo. Aquí está su correo, dijo.

Escribo un cuento para mi vida, para cada paso que dan mis zapatos café. Digo: "Y subió penosamente los escalones de madera, sus tristes zapatos café llevándola a la casa que nunca le gustó".

Me gusta contar cuentos. Voy a contarte el cuento de una niña que no quería pertenecer.

No siempre hemos vivido en Mango street. Antes vivimos en el tercer piso de Loomis, y antes de allí vivimos en Keeler. Antes de Keeler fue Paulina, pero lo que más recuerdo es Mango street, triste casa roja, la casa a la que

pertenezco sin pertenecerle.

Lo escribo en el papel y entonces el fantasma no duele tanto. Lo escribo y Mango me dice adiós algunas veces. No me retiene en sus brazos. Me pone en libertad.

Un día llenaré mis maletas de libros y papel. Algún día le diré adiós a Mango. Soy demasiado fuerte para que me retenga. Un día me iré.

Amigos y vecinos dirán, ¿qué le pasó a esa Esperanza? ¿A dónde fue con todos esos libros y papel? ¿Por qué se marchó tan lejos?

No sabrán, por ahora, que me he ido para volver, volver por los que se quedaron. Por los que no.

Fin

De *La casa en Mango street* (1984)



LA AUTORA



**Sandra Cisneros**

(Chicago, Estados Unidos, 1954). Escritora. Conocida por su emblemática novela *La casa en Mango street* (1984) y su compendio de poesía *My wicked, wicked ways* (1987). Se licenció en Letras en la Universidad Loyola de Chicago. Obtuvo un máster en escritura creativa en la Universidad de Iowa. Creadora de un estilo cercano a la prosa poética que le llevó a crear *La casa en Mango street*, una novela que, con el tiempo, ha sido reconocida como una obra de inmenso valor cultural, feminista y estilístico.